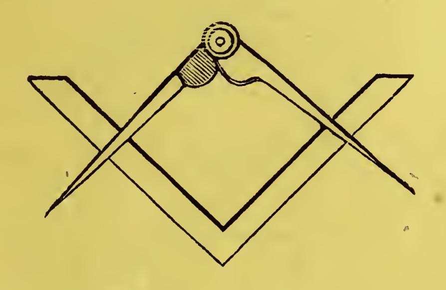
LIMA.

GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

HISPANO-LUSITANA.

Calle de Hortaleza, núm. 5, *Madrid.*



MADRID:—1872.
IMPRENTA DE D. PEDRO MONTERO,
Plazuela del Cármen, 5.

PAZ OCTAVIANA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, ARREGLADO DEL FRANCÉS,

POR

D. MANUEL NOGUERAS.

Estrenada en Madrid con extraordinario éxito en el Teatro de Lope de Rueda, la noche del 19 de Abril de 1873.



MADRID:
Imprenta á cargo de J. J. de las Heras,
calle de San Gregorio, núm. 5.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. RUFO.	D. Antonio Hernandez.
D. MARIANITO.	Antonio Escanero.
ANGEL.	Alvaro Corona.
D. PANFILO.	Manuel Nogueras.
JUAN ATURDIDO.. . . .	Antonio Puga.

ACTO ÚNICO.

(*Sala pobremetne amueblada, en la que habrá una chimenea.*)

ESCENA PRIMERA.

ÁNGEL.

ANGEL. Y nada adelantaré... por más que soplo, apenas dan señales de quererse encender estos troncos; así es que ya no tengo más aire en mi cuerpo. ¡Bien por la recomendacion de mi tio Gaspar!... Gracias á ella, vine á esta dichosa casa de huéspedes; donde me llevan nada menos que seis reales todos los dias por dormir mal, comer mal, y vivir en esta leonera, vulgo habitacion; item, que si un dia, por desgracia, le duele á uno la cabeza, ya tiene salida preparada para el hospital ó para el cementerio... porque aquí se ejerce la caridad de una manera que asombra: agregando á esto un pupilero más sordo que un alcornoque, empeñado en que oye cuanto se le dice, y en que no es más que teniente... de oido. ¡Dios mio, Dios mio! Haga la suerte que concluya pronto mi carrera, y con una buena oposicion, pueda calzarme con un curatitó, aunque sea de una aldea, que son y han sido siempre mis sueños dorados, para que no me vea obligado á pisar tan inmundas casas. (*Se oye ruido dentro.*) ¡Anda, salero! parece que se alegra mi vecino! Otro que bien baila... Anoche llegaron ambos esposos, y segun mi cuenta, llevan ya veinticuatro peloteras. Y ¡vaya un hombre raro, feo y

estravagante! A mí me asusta, me espeluzna. Ayer, tan solo por que llamé á la perrita de casa, me miró con unos ojos que parecia que me iba á tragar; é hizo un movimiento, que si no escurro pronto el bulto, creo que me tienta... (*Ademan de pegar.*) ¡Dios mio, Dios mio! ¡cuándo hareis que logre mis deseos!

ESCENA II.

ANGEL.—D. RUFO.

D. RUFO. ¡El es!

ANGEL. (*Viéndole.*) ¡Jesus!... ¡Ahí está el bárbaro! ¿Qué buscará?

D. RUFO. (*Dándole en el hombro.*) Ya sabe usted á lo que vengo aquí.

ANGEL. Como usted no me lo diga... ¿Ha pasado usted bien la noche?

D. RUFO. (*Empujándole.*) ¡Eh! Menos chanzas. Yo vengo á saltarle á usted una vértebra.

ANGEL. (¿Que será eso?) (*Ap.*)

D. RUFO. (*Agarrándole por las solapas.*) Ya lo ha oido usted. ¡A estrujarle á usted como un limon! (*Dando un grito.*) ¿Lo oye usted?

ANGEL. Usted se equivoca. Si...

D. RUFO. ¡Silencio!... No me alce usted el gallo, porque no respondo de mí.

ANGEL. ¡Qué amable!...

D. RUFO. Sepa usted, señor mio, que es usted una insignificante persona para mí; que á mí no me la pega ningun chato.

ANGEL. (*Tocándose las narices.*) No lo dirá usted por mí...

D. RUFO. Como vuelva usted á interrumpirme, le hago salir á la calle atravesando la pared. (*Ademan de dar un puntapie.*)

ANGEL. (*Temblando.*) Callé.

D. RUFO. Es que no crea usted que le ha de librar de mi soberbia ese airecito de memo que sabe usted tomar, (*Dándole una palmada.*) porque la ofensa que me ha hecho usted ha de lavarse con su sangre!

ANGEL. Pues dígame usted...

D. RUFO. ¡Le he dicho á usted que calle! (*Otro golpe.*)

ANGEL. Estoy...

D. RUFO. Tome usted. (*Dándole una pistola.*)

ANGEL. Gracias. (*Sin volver la cara.*) No lo gasto.

D. RUFO. ¡Que tome, le digo!
ANGEL. Que no fumo; gracias.
D. RUFO. Tome usted esta pistola.
ANGEL. ¡Dios mio!... ¿para qué?
D. RUFO. Para matarnos.
ANGEL. Yo no quiero matarme con nadie; mi carácter, mi religion me lo prohiben.
D. RUFO. ¡Cobarde!
ANGEL. Yo me dedico á la Iglesia.
D. RUFO. Pronto tendrá usted que arreglar su entierro con ella.
ANGEL. ¿Pero la causa... de esto...?
D. RUFO. ¿Con que la causa, eh?... ¿la causa?... Oiga usted: más cerca. ¿Usted conoce á mi esposa?
ANGEL. Yo no...
D. RUFO. ¿Con que me lo niega usted?... ¡Bravo! ¡En mi vida he visto descaro semejante! ¿Pues por qué la llamaba usted anoche?
ANGEL. ¡Yo!... Juro á usted que ni la conozco ni sé cómo se llama.
D. RUFO. ¡Jé! ¡jé!... Me está usted haciendo gracia. ¿Con que usted no conoce á Celia?
ANGEL. Celia... Celia... ¿si lo dirá por...? ¡Ah! sí; mucho. ¡Ya se ve que la conozco! Pues si es...
D. RUFO. Basta: ya lo ve usted.
ANGEL. ¿El qué?
D. RUFO. Vaya, basta de digresiones: ande usted.
ADGEL. ¿A dónde?
D. RUFO. Ande usted delante de mí, ó le hago salir de aquí de un puntapie. ¡Vamos!
ANGEL. ¡Dios mio, este hombre es loco!... ¡Enfadarse de tal modo porque conozco á la perra del amo!
D. RUFO. ¡Vamos! ó le juro á fe de Rufo...
ANGEL. Voy, voy. (¡Si pudiera escapar sin que lo notara.) (*Se dirije á la puerta del foro. D. Rufo grita.*)
D. RUFO. ¡Eh! quietecito, ó le levanto la tapa de los sesos.
ANGEL. (*Retrocediendo.*) ¡No, por Dios!... (¡Qué bárbaro!)
D. RUFO. (Veamos si puedo con dulzura obligarle á que me diga si mi mujer...) (*Con un fuerte grito.*) ¡Oiga usted!
ANGEL. (*Volviéndose de pronto.*) ¿Qué?
D. RUFO. Voy á confiarle á usted un secreto: cierre usted la puerta, y siéntese aquí.
ANGEL. ¡Que cierre!... ¡Dios mio, esta es la ocasion! (*Mientras D. Rufo coloca las sillas Angel escapa dejándose el sombrero.*)

ESCENA III.

D. Rufo.

D. Rufo. ¡Vivo!... ¡Calle! se marchó... ¡Grandísimo pillo!.. Ahora es cuando creo que es verdadero culpable. Ahora no me cabe duda... yo le esperaré. Aquí me siento, y hasta que vuelva no he de salir de aquí; él volverá. ¡Si se ha marchado sin sombrero! (*Se sienta.*)

ESCENA IV.

D. Rufo.—D. Marianito.

D. Mar. Angelito; quisiera que me hiciera usted un favor, que le agradeceré... Dispense usted; creí que hablaba con mi vecino...
D. Rufo. No hay de qué. (¡Es guapo!)
D. Mar. Siento no hallarle. Con permiso de usted...
D. Rufo. Dispense usted, caballero; ¿vive usted tambien en esta casa?
D. Mar. Si señor; Mariano Dragones, teniente de ejército, y servidor de usted.
D. Rufo. (*Ap.*) (¿Oficialito?.. ¡malo!...) Pues yo llegué anoche...
D. Mar. Tuve el gusto de verle llegar.
D. Rufo. (*Ap.*) (¡Hum!...)
D. Mar. Precisamente me hallaba en el comedor cuando entró usted con su bella esposa.
D. Rufo. Muchas gracias en su nombre, caballero. (¡Siempre tropezones!) (*Ap.*)
D. Mar. ¡Oh, sí; es muy linda! Con que si en algo puedo serle útil...
D. Rufo. Estimo la atencion...
D. Mar. Nada, nada; con franqueza.
D. Rufo. Gracias, gracias. (¡Pesado!) (*Ap.*)
D. Mar. Entre vecinos...
D. Rufo. Muchas gracias.
D. Mar. Cuarto número 6...
D. Rufo. Estimando.
D. Mar. Beso á usted la mano. (*Vase.*)
D. Rufo. Y yo tambien.

ESCENA V.

D. RUFO.

D. RUFO. ¡Uf! ¡Gracias á Dios!... ¡Pesado, pesado y pesado!... ¿Oficialito tenemos?... ¡Pues ya son dos los pajarracos!... ¿Y cómo evito las asechanzas que fraguarán contra mi mujer?... Nada; nada; lo mejor es quitarnos de en medio. Á preparar los bártulos, y á viajar mañana, si es que no puede ser hoy. ¡Al avío!... á arreglar el equipaje. (*Váse.*)

ESCENA VI.

ANGEL. (*Puerta derecha.*)

ANGEL. (*Asomando.*) Parece que ya se marchó la fiera... ¡respiro! ¿Y qué le habré hecho yo á ese toro para que quiera matarme?... A mí, que soy un almívar, quererme despedazar!... Nada; no hay más medio para librarme de su furor, que hacer lo que tengo pensado. ¡A ello! Le escribo una carta dándole esplicacion, y enterado por ella de que la Celia que yo conozco no es su mujer, y sí la perra del sordo, se calmará y me dejará vivir en paz. Manos á la obra. (*Se sienta y escribe.*) «Mi apreciable D. Rufo:» Así ha dicho que se llama. «Muy señor mio y vecino. En nuestra última entrevista he dicho á usted que conozco á Celia, y no solamente la conozco, si no que ha dormido en mi cama mucho más de un año; porque como soy tan caritativo, y observaba que el frio la molestaba demasiado, la abrigaba con mis propias ropas; pero á pesar de todo esto, debo confesar á usted que no me pertenece, y declarar y jurar con toda verdad, que es propiedad del teniente... de oido, dueño de esta casa; suplicando á usted, que por lo que á mí toca, no he hecho más que una buena obra, abrigándola y dándola de comer, sin intencion alguna mala, lo que le advierto por si acaso era suya la perra y se la robaron.»—Firmo. Ahora dejo la cartita sobre la mesa, y no vuelvo á parecer por aquí hasta el dia de la resurreccion de la carne. (*Váse.*)

ESCENA VII.

D. MARIANITO.

D. MAR. ¿Ha vuelto usted ya?... ¡Calle!... ¡tampoco está!... ¿Pero dónde habrá ido este hombre, hoy que tanta falta me hace?... En fin, le esperaré; no hay otro remedio. (*Toma un libro.*) Pasaré el rato leyendo y calentándome.

ESCENA VIII.

D. MARIANITO.—D. RUFO.

D. RUFO. Ya queda poco que arreglar: esta noche tomaremos el tren, y mañana, que nos echen un galgo.

D. MAR. (¿Quién?... ¡Ah! el vecino.)

D. RUFO. ¿Qué?... ¡Ah! el oficial.) (*De mal humor.*)

D. MAR. (*Volviéndose y saludando.*) Caballero, ¿no sabe usted si volvió Angel?

D. RUFO. Lo ignoro; yo tambien venia buscándole.

D. MAR. No debe tardar; le esperaremos. (*Saca cigarros.*) ¿Gusta usted?

D. RUFO. Fumo en pipa.

D. MAR. ¿No quiere usted lumbre?

D. RUFO. No me gusta; tengo sabañones, y el calor me irrita...

D. MAR. Entonces, con permiso de usted, continuaré mi lectura.

D. RUFO. Como usted guste.

D. MAR. Muchas gracias.

(*D. Marianito enciende el cigarro; D. Rufo, que está registrando el cuarto, tropieza con la carta que escribió Angel, y que dejó sobre la mesa.*)

D. RUFO. ¡Calle!... ¡qué veo!... ¡una carta! «Sr. D. Rufo...» ¿Será para mí?... y la firma... «Angel Dulzuras.» ¡El memito!... A ver, á ver.—«Mi apreciable don Rufo: muy señor mio y vecino. En nuestra última entrevista he dicho á usted qne conozco á Celia,» ¡Ah, infame!... «y no solamente la conozco, si no que ha dormido en mi cama mucho más de un año,» ¡Villanos!... «porque como soy tan caritativo, y observaba que el frio le molestaba demasiado, la abrigaba con mis propias ropas;» ¡Ay! ¡ay!... ¡me ahogo!... ¡yo no veo claro!... ¡toda la

sangre me afluye á la cabeza, y me pesa como si fuera de plomo!... «pero á pesar de todo esto, debo confesar á usted que no me pertenece,» ¡A ver, á ver!... «y declarar, y jurar con toda verdad, que es propiedad...» ¿De quién es propiedad mi mujer?... «del teniente...» (*Arroja la carta.*) ¡Basta ya de tal suplicio!... ¿Con que son dos?... ¡Pues metrallazo! Acabemos de una vez. Caballero... teniente.

D. MAR. Mándeme usted.

D. RUFO. ¡A los infiernos es á donde voy á mandarle á usted ahora mismo!

D. MAR. ¡Excelente país para el invierno.

D. RUFO. ¡Fuera burlas! ¿No ve usted que estoy bramando?

D. MAR. Lo mismito que un toro.

D. RUFO. ¡Que no tolero los epígramas! Armas.

D. MAR. ¿Pero qué le da á usted?... ¿Está usted loco?

D. RUFO. Armas digo.

D. MAR. ¿Pero qué es eso de armas? ¿Usted cree que soy armero?

D. RUFO. ¡Qué! ¿Es que no quiere usted batirse?

D. MAR. ¡Yo!... ¿Con quién? ¿Y por qué?

D. RUFO. Conmigo.

D. MAR. ¿Con usted?... ¡Vaya una ocurrencia?

D. RUFO. Que tiene usted que batirse conmigo.

D. MAR. Que le digo á usted que no quiero.

D. RUFO. Yo le obligaré.

D. MAR. Lo creo difícil.

D. RUFO. ¿Tiene usted miedo?

D. MAR. (*Levantándose; pero conteniéndose al momento.*) ¿Miedo?... (*Se vuelve á sentar.*) Vamos, déjeme usted en paz.

D. RUFO. Pues no siendo por eso, ¿por qué rehusa usted?

D. MAR. Por que no acepto duelo con hombres que, como usted, pasan de cincuenta años; por que no me gusta hacer alarde de valor cuando tengo superioridad, como me sucede con usted; y por último, por que no me da la gana. Con que déjeme usted en paz, y no gaste mi paciencia, que es muy poca.

D. RUFO. ¿Pero no viene usted al campo?

D. MAR. ¡Al campo!... No: cuando nieva, como ahora, no salgo jamás.

D. RUFO. ¡Oh! no es esa la causa; diga usted que es un cobarde, y entonces...

D. MAR. ¡Cobarde!... Oiga usted: ya me han cansado sus

majaderías, y voy á darle á usted gusto. Acepto.

D. RUFO. Y me alegro.

D. MAR. Tanto se ha empeñado usted, que será preciso: sentiré matarle, ó darle otro disgusto por el estilo; pero de usted es la culpa.

D. RUFO. Bueno, bueno. Armas.

D. MAR. Las que usted maneje mejor.

D. RUFO. Carabina.

D. MAR. ¡Diablo! (*Riendo.*)

D. RUFO. El sitio.

D. MAR. Aquí mismo.

D. RUFO. No; saldremos fuera.

D. MAR. Bien.

D. RUFO. Queda arreglado.

D. MAR. Queda convenido. (*Dándose las manos.*)

D. RUFO. Ya está usted puesto en razon.

D. MAR. ¡Si yo soy muy razonable!... Y ahora que ya nos entendemos, ¿no me dirá usted la causa de este injustificable duelo?

D. RUFO. Sí señor. ¿Es cierto que usted conoce en esta casa á una... hablando en plata, á mi Celia?

D. MAR. (*Reflexionando.*) Celia .. Celia... ¡Ah!... sí señor... (*Ap.*) (Lo dirá por la perra, porque aquí no hay otra, que yo sepa.)

D. RUFO. ¡Cristo me valga! Pues bien; me han dicho (*Casi llorando de rabia.*) que es suya; que le pertenece... y yo no lo he de consentir mientras viva.

D. MAR. (*Riendo.*) Pero hombre, ¡que lleve usted su cariño á esa perra hasta el punto de batirse por ella!

D. RUFO. ¡Caballero! Entienda usted que yo no permito que se le falte, ni se le insulte. Solo yo tengo el derecho de castigarla.

D. MAR. Está usted haciendo un gigote de palabras.

D. RUFO. Concluyamos; vaya usted por sus armas.

D. MAR. Usaremos las de usted, que desde luego supongo que serán buenas.

ESCENA IX.

DICHOS.—JUAN ATURDIDO.

JUAN. Mi tiniente...

D. MAR. ¿Qué hay?

JUAN. El primero quie hablar con usté.

D. MAR. ¿Qué sucede?

JUAN. Unos endividos que han fartao á la lista, y han bebió, y han...

D. MAR. Al instante vuelvo. (*A D. Rufo.*) Vamos allá.
D. RUFO. Que le espero á usted.
D. MAR. No tardo.

ESCENA X.

D. RUFO.—JUAN.

D. RUFO. Oye. (*Ap.*) (Tal vez este me diga...
JUAN. ¿Qué ocurre?
D. RUFO. Quisiera hacerte una pregunta.
JUAN. Si no es muy larga... eche usté por esa boca.
D. RUFO. ¿Te gustaria beber una copita de buen vino?
JUAN. ¡Vaya una pregunta!... ¿Es que me va usté á convidar?
D. RUFO. Sí, si contestas con verdad á lo que voy á pregnntarte: toma. (*Le da dinero.*)
JUAN. Muchas grácias
D. RUFO. Dime .. acércate más.
JUAN. Vamos, ¿estoy bien?
D. RUFO. No tanto, hombre. Dime: conoces tú una individua de esta casa que se llama Celia?
JUAN. Celia... ¡ah! la perrita. Sí señor.
D. RUFO. ¡Todos... hasta este ranchero!... Y dime: ¿sabes si tu amo...?
JUAN. ¡Ah! sí señor; y ella le quiere tambien mucho.
D. RUFO. ¿Y cuánto tiempo hace que tu amo la conoce?
JUAN. Desde que estamos aquí de guarnicion: más de un año.
D. RUFO. Desde antes de mi boda. ¡Infame!
JUAN. ¿Con que hay más que preguntar? ¿Falta alguna cosa?
D. RUFO. No, no lo creas; sobran muchas.
JUAN. Mire usté; si quiere enterarse bien, ahí viene el patron, y él le dirá cuanto quiera, porque Celia es suya, y nadie mejor...
D. RUFO. ¿Cómo suya?...
JUAN. Si señor. Vaya, hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA XI.

D. RUFO.

D. RUFO. ¡Y van tres!... ¡Cá! no es posible que haya marido alguno en mi situacion, no es posible; esto no tiene ejemplo en la historia; ¡esto merece un crímen célebre! ¡un cataclismo social que concluya con todo el género humano... menos conmigo!

ESCENA XII.

D. Rufo.—D. Pánfilo.

D. Pánf. Caballero, la mesa está servida; si quiere usted almorzar...

D. Rufo. ¡Ah! Dios le envia. (*Le hace seña de que se acerque.*) Venga usted. (Me contendré, porque si no le extrangulo.) (*Ap.*)

D. Pánf. ¿Qué?...

D. Rufo. ¿Cuánto tiempo hace que conoce usted á Celia?

D. Pánf. No hay camelias todavía.

D. Rufo. ¡Y es sordo como una tapia el condenado!... No digo eso.

D. Pánf. ¿Queso?... Pocas veces lo traigo, por que es muy caro.

D. Rufo. ¡A este hombre lo mato de un golpe!... ¿Qué desde cuándo conoce usted á mi mujer?

D. Pánf. ¿Llover?... ¡Qué ha de llover, señor, si está raso!

D. Rufo. Conteste usted á lo que le pregunto... mire usted que soy muy atroz.

D. Pánf. ¿Arroz?... Muy pocas veces. Aquí la sopa que más abunda son los fideos.

D Rufo. Inútil cuanto hable con él. ¿Si se burlará? (*Gritando mucho.*) ¿Pero no me entiende usted?

D. Pánf. ¿Café?... No señor. Aquí se trata bien á los huéspedes, pero no hay tantas gollerías; ya ve usted que seis reales no dan para tanto.

D. Rufo. Váyase usted de ahí. (*Señalando la puerta.*)

D. Pánf. ¿Pero no almuerza usted?

D. Rufo. ¡Largo de aquí, ó muere usted á mis manos!

D. Pánf. ¿Qué?...

D. Rufo. (*Tomando una silla, que levanta amenazándole.*) Que aquí va usted á morir si no se marcha.

D. Pánf. No lleve usted la silla, que hay bastantes en el comedor. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

D. Rufo.

D. Rufo. ¡Y con qué tranquilidad se marcha el gran salvaje!... Vamos, yo pierdo de esta hecha el juicio, el cuerpo, el alma, y cuanto hay que perder.

ESCENA XIV.

D. RUFO.—JUAN.

JUAN. Acá estamos toos.
D. RUFO. Y á buen tiempo llegas. Volando, dime cuanto sepas de Celia.
JUAN. Eso, el patron podrá...
D. RUFO. ¡Pero si ese hombre no me oye!
JUAN. Como que es más sordo que una tapia. Pero voy á llamarle.
D. RUFO. No; que no vuelva. Con que cuenta tú todo lo que sepas de ella... Mas primero dime: ¿es soltero tu amo?
JUAN. Si señor.
D. RUFO. ¿Y le gustan las mujeres?
JUAN. ¡Uf! muchísimo; ¡ha tenido más novias!... Mire usted: en Madrid solo...
D. RUFO. Bien; basta, basta; háblame de ella.
JUAN. ¡Toma!... que el amo la quiere mucho; que todos los dias viene á nuestro cuarto por las mañanas y por las tardes, y que le hace muchas caricias.
D. RUFO. ¿Si?... (¡Yo reviento!) ¿Y cómo la acaricia?
JUAN. ¡Toma! el amo que le arregla los pelos...
D. RUFO. (¡Madre mia!)
JUAN. Le da azucar... ¡ya ve usted!
D. RUFO. Sí, sí. (¡Brrrs!...) ¿Y ella?
JUAN. Le lame la boca... y los bigotes... y...
D. RUFO. *(Dándole un cachete.)* ¡Embustero!... Reventó la mina. ¡Mentira!
JUAN. Lo he visto yo.
D. RUFO. ¡Te voy á matar!
JUAN. ¡Socorro, vecinos! ¡señor...
D. RUFO. ¡Calla! ¡No alborotes; voy á hacer pepitoria con todos los de esta casa.

ESCENA XV.

DICHOS.—ANGEL.

ANGEL. Ya se habrá marchado.
D. RUFO. ¡Toma, frailuco!
ANGEL. ¡Dios mio!

ESCENA XVI.

DICHOS.—D. PÁNFILO.

D. PÁNF. ¿No almuerza usted?

D. RUFO. ¡Toma almuerzo!

D. PÁNF. ¿Qué modo es ese de tratarme, cuando...

D. RUFO. ¡Tomad todos!... ¡Yo quiero acabar con todo el género humano!.. ¡Exterminio! ¡petróleo! ¡incendio!.. (*Corriendo desaforado detras de todos, que huyen gritando.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—D. MARIANITO.

D. MAR. (*Sujetando á D. Rufo.*) ¿A dónde va usted, hombre? ¿Se hunde la casa?

D. RUFO. ¡Déjeme usted, que quiero matar á estos ladrones de Celia!

TODOS. ¿De Celia?

D. RUFO. De mi esposa.

D. MAR. ¿Y por dónde sabe usted tal disparate? ¿Quién se lo ha dicho á usted?

D RUFO. Todos ustedes, de palabra, y el señor en esta carta. (*Llorando.*)

D. MAR. A ver esa carta.

D. RUFO. Lea usted aquí... ahí... más abajo.

D MAR. «Debo confesar, declarar y jurar con toda verdad, que es propiedad del teniente...»

D. RUFO. Ahí lo tiene usted.

D. MAR. Calle usted: «de oido, dueño de esta casa.» Pero diga usted: ¿usted habla de su esposa?

D. RUFO. ¿Pues de quién he de hablar?

D. MAR. Ya; como la perra de ese señor se llama Celia ..

D. RUFO. ¡Ah!... ¿Y era de esa de quien ustedes hablaban?

D MAR. Como que no conociamos otra hasta ahora que sabemos el nombre de su señora de usted.

D. RUFO ¡Ay! ¡ay!... sostenedme; ¡yo me vuelvo loco de alegría!... ¿Con que mi esposa no ha sido infiel?... ¿Con que es la misma virtud, sin mancha alguna? Pues entonces...

Para que todo completo
sea, y mi dicha colmada,
de tí, público indulgente,
olicito... una palmada.

(*Baja el telon.*)